

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

KING, G. R. D. y CAMERON, A. (eds.), *The Byzantine and Early Islamic Near East, II, Land Use and Settlement Patterns*, Princeton: The Darwin Press, 1994, 270 p. + 57 figs.

Desde finales de los años ochenta el *Late Antiquity and Early Islam Project* viene organizando una serie de reuniones que han pasado a convertirse en puntos de referencia obligada para todos aquellos interesados en el problema de la «transición». El gran acierto de los responsables de este proyecto ha consistido en haber integrado a especialistas en campos tradicionalmente aislados (Bajo Imperio Romano, Imperios Bizantino y Sasánida o Islam temprano) en torno a una serie de temas de especial relevancia. De esta forma, si la primera de estas reuniones, celebrada en 1989, se centraba en los problemas de interpretación de las fuentes escritas¹, la segunda, organizada dos años después, tenía como tema central los problemas de ocupación y utilización del territorio. Los excelentes resultados conseguidos hasta la fecha ponen, por lo tanto, de relieve que los procesos que se desarrollan en el Próximo Oriente desde el período tardorromano pueden ofrecer claves que permitan explicar mejor las situaciones producidas como consecuencia de las conquistas árabes. Este ejercicio de simple sentido común historiográfico puede parecer evidente, pero contemplado desde el otro extremo del Mediterráneo produce una justificada expectación: en nuestro país, la tajante propuesta de desvinculación del período de formación de al-Andalus con respecto a etapas precedentes ha alcanzado en los últimos tiempos un tono tan encendido que hoy por hoy sería impensable poner en marcha una iniciativa de estas características so pena de hacerse acreedor de las más severas descalificaciones².

¹ Cfr. la reseña de Fierro, M. I., «El paso de la antigüedad tardía al Islam temprano: a propósito de dos publicaciones recientes con un *excursus* sobre al-Andalus», *Al-Qantara*, XIV (1993), 488-498.

² Una muestra, entre otras muchas, de esta radical postura lo proporciona un reciente texto de M. Barceló: «Sin embargo, (...) nadie parece advertir que el desarrollo de una arqueología de al-Andalus exigía una conciencia previa de que el objeto de estudio era una sociedad diferente cuyas posibilidades de comprensión no son, ni de lejos, inmediatas, puesto que los investigadores interesados proceden, normalmente, de una distinta tradición histórica y política (...). El análisis de la formación y estructuras de esta sociedad no puede, en mi opinión, hacerse a partir de problemas concebidos para entender las sociedades que, para abreviar, convenimos en llamar post-romanas», Barceló, M., *El sol que salió por Occidente*, Jaén, 1997, p. 10.

El volumen que aquí nos ocupa está compuesto por un total de once contribuciones, de las cuales la mayor parte son obra de arqueólogos, a las que hay que sumar una introducción por parte de uno de los editores, G. R. King, y unas conclusiones finales a cargo de H. Kennedy. Como señala King, los autores fueron invitados a concentrarse en una región o zona muy concreta, ofreciendo tanto una interpretación como una revisión del trabajo realizado en ella. El resultado es un amplio panorama de los enormes logros que ha conseguido el trabajo arqueológico en toda el área (con notables diferencias, sin embargo, dependiendo de las zonas), pero también un fiel exponente de sus clamorosas deficiencias.

La más aparente de tales deficiencias se pone de manifiesto en la enorme disparidad de los equipos que han trabajado y trabajan en la zona, lo que inevitablemente lleva a pensar que aún estamos viviendo las consecuencias de situaciones originadas en el siglo pasado. Y es que no sólo la procedencia de tales equipos es muy diversa (americanos, británicos, franceses, belgas, australianos, alemanes, etc...), es que además su adscripción es extremadamente variada. Así, por ejemplo, un lugar como *Gadara* (Umm Qays) y sus zonas adyacentes han visto pasar en los últimos veinticinco años a equipos del Instituto Evangélico Alemán de Jerusalén, del Instituto Protestante Alemán de Arqueología de Amman, del Instituto Arqueológico Alemán de Berlín, de la Fundación para la Investigación Danesa en Palestina y a un equipo israelí. ¿Ha existido coordinación entre tales equipos?, ¿han tenido continuidad?, ¿han tenido idénticos objetivos científicos? Si se trasladan estas preguntas al conjunto de una región con un contenido simbólico capaz de atraer a investigadores con las más variadas motivaciones (¿cómo explicar, por ejemplo, la presencia de un equipo del Covenant Theological Seminary de St. Louis excavando en Abila, Jordania?), resulta evidente que hubiese sido necesario someter a una amplia crítica el trabajo arqueológico realizado hasta la fecha, revisión que brilla casi totalmente por su ausencia en este volumen.

Tal revisión crítica hubiera tenido que plantear también una discusión más profunda sobre las metodologías utilizadas por el trabajo arqueológico en la región. En este sentido, tan sólo las contribuciones de M. G. Morony («Land use and settlement patterns in Late Sasanian and early islamic Iraq») y, sobre todo, de R. Schick («The settlement pattern of southern Jordan: the nature of evidence») tratan aspectos relativos a esta cuestión, al señalar las limitaciones que ofrecen los sondeos de superficie, por cierto abundantísimos en la zona, para establecer conclusiones sólidas. R. Schick es particularmente incisivo sobre este aspecto al alertar sobre el peligro de extraer conclusiones sobre pautas de asentamiento o interacciones entre sociedades nómadas y sedentarias a partir de una base empírica tan poco fundamentada como es la del resultado de los sondeos, una tentación que muchos arqueólogos parecen encontrar difícil de resistir y que suele ocultar un afán por hacer coincidir las conclusiones del trabajo con los supuestos desde los que se acomete. El problema, por tanto, no radica tanto en la aplicación de sondeos en sí, sino más bien en el rigor con el que se ejecuta esta técnica, en su finalidad y en su posible combinación con otras técnicas de campo.

La ausencia de una valoración crítica del trabajo realizado y el insuficiente debate metodológico que refleja el actual estado de la cuestión tal vez expliquen que historiadores como M. G. Morony demuestren en este volumen que siguen viendo en el

registro arqueológico una simple herramienta limitada al conocimiento de los cambios demográficos o culturales, y capaz a lo sumo de definir diferencias en la especialización económica (agraria o comercial) de un asentamiento dado. Esa negativa a ver en la información arqueológica algo más que un instrumento de «validación» a disposición de los historiadores (p. 229) revela un considerable retraso con respecto al trabajo que se realiza en otros períodos, en el que el registro arqueológico ha adquirido un rango equiparable al documental.

Un claro ejemplo de esto lo proporciona el excelente artículo que abre el volumen («Villages du Proche-Orient proto-byzantin [4ème-7ème s.]. Étude regionale») y en el que P. L. Gatier analiza la evolución de los asentamientos desde la época del Bajo Imperio en los territorios del Macizo Calcáreo del norte de Siria, del Hawrān y del Negev. Haciendo en primer lugar un breve recorrido historiográfico sobre las investigaciones realizadas desde el siglo pasado —tarea que hubiese sido necesaria en otras contribuciones de este mismo volumen—, Gatier establece una distinción entre «ciudades» y asentamientos rurales. Tal precisión le permite reducir significativamente el número de núcleos urbanos que la historiografía había contabilizado en estas zonas, ya que una ciudad sólo se define en función del territorio que controla y en el que se incluyen aldeas que dependen de ella. El tamaño de estas aldeas puede ser muy extenso, especialmente en el Macizo Calcáreo, e incluso comprender un gran número de iglesias, de ahí que sea posible establecer denominaciones intermedias, como «bourgade rurale», que haría referencia a un asentamiento con una economía más especializada que la de una simple aldea. Otro aspecto importante es la posible pertenencia de muchas de estas aldeas a grandes propietarios, aspecto bastante bien constatado en época romana, pero que en época bizantina es menos conocido. En los escasos casos en los que ha sido posible comprobar su existencia, el registro arqueológico atestigua la presencia de muralla y una escasa evolución entre los siglos IV y VI. Aunque es difícil saber hasta qué punto esta gran propiedad es dominante, existe un cierto consenso en que desde el siglo V la pequeña propiedad campesina parece estar más extendida, al menos en el Macizo Calcáreo y el Negev, aunque, como bien señala Gatier, algunas referencias textuales impedirían generalizar esta visión. Por otra parte, los recursos de la zona se centran en un policultivo de subsistencias —con importantes trabajos hidráulicos que incluyen acequias, presas, *qanāt*-s y terrazas—, en el que la ganadería representaría también un papel importante, y en el que los cultivos especializados —como la viña en Gaza o la oleicultura en algunas zonas del Macizo Calcáreo—, sólo se desarrollarían a partir del siglo VI, adquiriendo un papel complementario. De esta forma, la tesis central de la gran obra de G. Tchalenko³, la existencia en el Macizo Calcáreo de una agricultura a gran escala especializada en el olivo y cuya decadencia coincidiría con la crisis del comercio mediterráneo, es en la actualidad ampliamente matizada. No obstante, también parece claro que en esta economía rural la moneda juega un papel muy importante, como ponen de relieve los papiros de Nessana en el Negev, y como indirectamente muestra la arqueología en el Macizo Calcáreo al desvelar la ausencia de artesanado y comerciantes en las zonas rurales, lo que favorece la idea de un campesinado que se provee de productos ma-

³ Tchalenko, G., *Villages antiques de la Syrie du Nord. Le massif du Bélus à l'époque romaine*, París, 1953-1958, 3 vols.

nufacturados en los centros urbanos. El período de máximo crecimiento, al menos en lo que se refiere al Macizo Calcáreo, se situaría en torno al siglo v, con un declive que sería ya patente a mediados del siglo vi, que duraría varios siglos y que se traduce en una ausencia de nuevas construcciones y un abandono de las zonas altas en favor de las tierras de llanura. Aunque en Ḥawrān M. Sartre todavía detecta signos de crecimiento a comienzos del siglo vii, Gatier se pregunta si no sería necesario revisar la evidencia que para ello se aduce. ¿Cuáles serían las causas de este declive? Gatier, como otros arqueólogos, parece decantarse en favor de una tesis malthusiana, según la cual los recursos disponibles no habrían sido suficientes para mantener a una población en aumento. Esta explicación tiene a su favor la simplicidad, pero no está respaldada por argumentos de peso; de hecho, el declive general que se percibe en amplias zonas del Próximo Oriente a partir de un momento de los siglos vii y viii obedece con toda seguridad a causas estructurales mucho más profundas, que en el estado actual de nuestros conocimientos es muy difícil concretar. Sería necesario tener una visión más clara de lo que ocurre en Ḥawrān y, sobre todo, en el Negev, al cual Gatier no se refiere en lo tocante en esta cuestión, así como en otras zonas, y muy especialmente en las áreas urbanas, algo que el propio autor reconoce explícitamente.

Sea como sea, este amplio resumen del artículo de P. L. Gatier demuestra claramente hasta qué punto la limitada visión de una arqueología destinada a dar validez a las tesis de los historiadores resulta anacrónica y empobrecedora. Sobre la base de un trabajo adecuado, de unos objetivos claros y de una correcta metodología, es posible trazar una visión muy rica de una determinada región a lo largo de un período de tiempo extenso. Por desgracia, una perspectiva así no siempre está presente en todas las contribuciones que componen el volumen, lo cual tal vez sea reflejo de un estado de la cuestión en el que siguen predominando enfoques tradicionales y excesivamente limitados. Así, el artículo de H. I. MacAdam («Settlement and settlement patterns in Northern and Central Transjordan, ca. 550-ca. 750») retoma la discusión en el punto en el que lo había dejado Gatier —ignorando su provocadora idea de un declive en toda esta región hasta el siglo x—, pero no llega a ofrecer una visión de conjunto coherente, pese a contar con un exhaustivo aparato bibliográfico. El resultado es más un catálogo del trabajo arqueológico realizado en el norte y centro de Transjordanía que un análisis de las pautas que sigue la evolución del poblamiento en estas zonas, y que está plagada de dudas todavía no resueltas por la investigación arqueológica. Un lugar como Umm ʿYimāl, por ejemplo, parece experimentar un declive en «época omeya» que culminaría con su abandono a mediados del siglo viii; sin embargo, poco antes, y de forma un tanto inexplicable, un acueducto romano o bizantino había sido alargado y dirigido hacia la zona sur de la ciudad. En la Decápolis, mientras que ʿYaraš sobrevive hasta mediados del siglo viii funcionando como ceca y como centro de producción cerámica para sufrir un repentino abandono (¿o traslado?) a mediados de esa centuria, Pella no sufre la misma suerte y sigue proporcionando evidencia de ocupación en época ʿabbāsī. El trabajo realizado en las zonas rurales tampoco despeja muchas incógnitas. Tradicionalmente menos estudiadas que los asentamientos urbanos, el trabajo arqueológico para los siglos vii al x se ha limitado en ellas a sondeos de superficie, con excepción de los enclaves que ofrecen perspectivas de dar a la luz algún mosaico, que es, de lejos, el fetiche arqueológico

por antonomasia de la zona. El resultado de tales sondeos, realizados sobre todo en la zona central de Jordania, parece mostrar una abrupta disminución en el número de asentamientos islámicos con respecto a los de períodos precedentes. No obstante, y como bien pone de relieve MacAdam, esta idea podría ser puesta en tela de juicio si se delimitaran mejor las tipologías cerámicas.

Resulta bastante sorprendente que el volumen también incluya un artículo de Ali Zedayeh («Settlement patterns, an archeological perspective: case studies from northern Paestine and Jordan»), carente de notas, que el autor advierte es una versión reducida del presentado a la reunión y que en muchos casos claramente se solapa con el de MacAdam. El lector ocioso puede entretenerse comparando lo que ambos autores tienen que decir sobre un mismo asentamiento, o bien complementando sus informaciones; así, Zedayeh hace referencia a una inscripción griega dedicada al califa Mu'āwiya en la que se dice que la curación de los enfermos se hace bajo los cuidados de Ioannes de Gadara (p. 124). ¿Es éste el mismo personaje al que se refiere MacAdam cuando cita: «a Greek dedication... records that a Gadaren Christian official named John oversaw the restoration of the *clibanus* (furnace) for the *thermae* «by provision of» the Caliph Mu'āwiya...» (p. 78)? Los editores parecen haberse inclinado aquí por estimular al lector para que deje volar su imaginación.

En aquellos casos en los que el artículo de Zedayeh no se solapa con el de MacAdam, la irritante carencia de notas se añade a la penosa constatación de que muchos resultados de excavaciones siguen sin estar publicados, una circunstancia más frecuente de lo que sería deseable en el trabajo arqueológico en general, y que aparece también de forma intermitente en los restantes artículos. De esa forma, resulta imposible discernir el verdadero alcance y significación de la zona en torno a Ṭabariya en donde la mención a un asentamiento bien construido y planificado hace pensar en las referencias cronísticas que señalan este emplazamiento como principal centro del *ʿyund* del Jordán, o las que mencionan la llegada a este lugar de Mūsà b. Nuṣayr para presentarse ante el califa tras haber conquistado al-Andalus.

La zona sur de Transjordania es tratada por R. Shick, quien ofrece una recopilación y ordenación de la evidencia arqueológica, epigráfica y escrita disponible sobre ella, poniendo de relieve, como ya se ha visto, algunos de los problemas derivados de su utilización. Es posible que sean todas estas incógnitas las que lleven a la cautela del autor a la hora de pronunciarse sobre el posible declive o auge de la zona, pero queda también la impresión de que una pregunta así difícilmente podrá responderse de forma aislada y mientras no se establezcan hipótesis generales de trabajo.

El gran mérito del artículo de G. R. D. King («Settlement in Western and Central Arabia and the Gulf in the sixth-eighth centuries A.D.») es el de ofrecer conclusiones bastante más elaboradas sobre una zona donde los trabajos arqueológicos tropiezan con todo tipo de dificultades. Así, espigando diversos tipos de evidencia, King ofrece algunos sugestivos esbozos sobre el poblamiento del Ḥiṣṣān en época preislámica, destacando su conclusión de que en Medina habría predominado un hábitat disperso, articulado en torno a torres (*uṭum*) que reflejaría las luchas internas de la ciudad, las cuales, a su vez, explicarían la ausencia de un recinto fortificado unitario. Más completos son los datos que se pueden extraer de al-Rabaḍa, en Arabia central, cuya excavación sistemática ha puesto de relieve la existencia de un asentamiento que se continúa desde la época preislámica hasta los tiempos de califato 'abbāsī, mo-

mento en que pasa a configurarse como una de las etapas de la peregrinación procedente de Iraq. Sin embargo, la actividad originaria y principal de los habitantes de este lugar parece haber sido la cría de camellos, como bien parecen constatar la existencia de pastos en las inmediaciones y la enorme cantidad de huesos de este animal encontrados en el curso de estas excavaciones. Otros lugares, también objeto de estudios sistemáticos, todavía no han arrojado suficiente luz sobre algunas cuestiones importantes, en particular sobre el grado de penetración de las influencias bizantinas y sasánidas en el interior de una península arábiga donde al lado de grandes grupos nómadas parecen haber existido importantes establecimientos sedentarios: éste es el caso de Naḡrān, donde existieron poblaciones cristianas y judías, pero cuyos restos cerámicos aún no han sido debidamente analizados, o de los asentamientos mencionados en la costa oriental de la península, donde también existe constancia de la presencia de comunidades nestorianas.

Por su parte, las zonas del sur de la península son analizadas por M. B. Piotrovsky en su artículo que desespera al lector por su brevedad y por sus once escasas notas a pie de página, que no hacen justicia al enorme interés que dejan entrever los datos que ofrece. Entre estos datos son particularmente interesantes los que permiten trazar un paralelismo entre el puerto de Qāna, que experimenta un notable auge comercial hasta el siglo VI, época en la que inicia un claro declive, y la ciudad interior de Ṣanʿā que cimienta por esas fechas su gran expansión de época medieval. La tendencia al abandono de las zonas semi-desérticas de llanura en favor de los lugares de altura es un fenómeno que el autor también constata y que parece poner en relación con la lenta penetración de beduinos nómadas en las zonas urbanas del sur. Lo que no queda claro es hasta qué punto estas tendencias están relacionadas entre sí, a qué obedece esa penetración de poblaciones nómadas o, en fin, de qué forma se relacionan con los avatares de la historia política de la región: una mayor clarificación de éstas y otras cuestiones hubiera requerido una exposición más amplia que, sin duda, se echa de menos.

El escaso trabajo reciente realizado en dos zonas de la importancia de Siria e Iraq es puesto de relieve en las contribuciones de M. G. Morony y de A. Northedge («Archeology and new urban settlement in early Islamic Syria and Iraq»). Morony realiza una reevaluación de los datos aportados en la gran obra de R. M. Adams⁴, quien señalaba una disminución del territorio regado en Iraq con posterioridad a la conquista árabe; según Morony, los datos existentes invitarían a pensar en un mantenimiento de las estructuras de regadío. Por su parte, A. Northedge describe varios asentamientos de época omeya en Siria, destacando algunos casos en los que es posible constatar la presencia de un palacio, una muralla, hogares y una serie de edificios destinados a distintos servicios. Esto es lo que ocurre en ʿAnḡar, Qaṣr al-Ḥayr al-Šarqī, y Ammán, los cuales es muy posible que albergaran elementos militares. El punto crucial de la argumentación de Northedge es que estos elementos militares no serían los componentes del *ḡund*, sino más bien los miembros de los ejércitos privados que las fuentes documentan profusamente en la época omeya tardía. La diferencia en las dimensiones, estructuras y localización en dichos establecimientos se

⁴ Adams, R. M., *Land behind Bagdad: a history of settlement in the Diyala Plains*, Chicago, 1965.

corresponderían a las variaciones en el número de soldados de estos regimientos personales, así como en el hecho de que sus jefes serían distintos miembros de la familia omeya que aprovecharían de esta forma el proceso de «destrribalización» de la sociedad árabe. Pese a tener algunos rasgos urbanos, estos asentamientos no serían «ciudades» en sentido estricto sino, más bien, «formas planificadas derivadas de orígenes urbanos». Lo interesante, sin embargo, es que esta pauta de asentamiento va a continuarse en época ‘abbāsī en los establecimientos de al-Rafīqa, al-Raqqā o en el complejo de Samarra. Obviamente, existen importantes diferencias derivadas de una mayor influencia de las tradiciones sasánidas o de las condiciones de cada emplazamiento, pero lo que llama la atención es la repetición de estructuras dominadas por la presencia de un palacio, de una jerarquía de viviendas y de alojamientos de soldados en casas. Aunque el origen étnico de esos soldados sea en época ‘abbāsī muy diferente (se trata ahora de turcos) el vínculo de dependencia con respecto al jefe militar se sigue plasmando en la organización de estos asentamientos militares.

Los asentamientos estudiados por Northledge, aunque claramente distintos a los *amṣār*, tienen algunas concomitancias con éstos. Dos trabajos, el de D. Whitcomb («The Miṣr of Ayla: settlement at al-‘Aqaba in early Islamic period») y de G. Scanlon («al-Fuṣṭāṭ: the riddle of the earliest settlement») desvelan los trabajos arqueológicos realizados en yacimientos de estas características. Sin duda, el de Whitcomb es el más polémico de los dos. El autor parte de la base de que poco después de la conquista, los árabes construyeron el *miṣr* de Ayla en un emplazamiento distinto a la cercana ciudad bizantina y que lo planearon con forma ortogonal siguiendo modelos de los campamentos de legionarios romanos de la zona. Para sustentar su tesis, Whitcomb arguye que otros conocidos *amṣār*, tales como Kūfa, Baṣra o al-Fuṣṭāṭ tendrían también un plano ortogonal, lo que a su vez permitiría incluir Qaṣr al-Ḥayr al-Šarqī dentro de este tipo de establecimientos. Esta argumentación tiene, sin embargo, varios problemas: no se explica demasiado bien la configuración de este último lugar como un *miṣr* en una zona como Siria donde el *ḡund* parece haberse dispersado sobre todo el territorio, siendo preferible, por lo tanto, la interpretación que de este lugar ofrece Northledge. Tampoco está demasiado claro que al-Fuṣṭāṭ tenga un plano ortogonal, tal y como pone de relieve Scanlon. Finalmente, existen abundantes dudas de que Ayla pueda identificarse con una fundación árabe posterior a la conquista: algunos autores han propuesto su identificación con el campamento de la *Legio X Fretensis* que se sabe estaba estacionada en ‘Aqaba en el siglo IV. Ante todas estas dudas, por lo tanto, las ideas de Whitcomb deben ser consideradas más como hipótesis de trabajo que como conclusiones firmes.

Y. Tsafir y G. Foerster son, finalmente, los autores del único estudio que se ocupa de la evolución de un núcleo urbano desde época romana hasta la invasión árabe: Scythopolis, una de las ciudades de la Decápolis. Uno de los aspectos más llamativos de este estudio es la comprobación de que la ciudad alcanzó en época bizantina su momento de máximo apogeo, tanto en términos demográficos, con un sustancial crecimiento urbano, como económicos, probablemente ligados a la producción de lino. La fisonomía de la ciudad experimentó también en esa época cambios importantes, unidos a la pervivencia de un evergetismo que se concentra ahora en la construcción de edificios de culto, y que se plasman en la aparición de tiendas que cierran las avenidas colonadas de época romana o en el abandono de la

rígida cuadrícula de urbanismo romano en las ampliaciones de la ciudad. Un dato muy a tener en cuenta es el escaso impacto que, aparentemente, tuvo en Scythopolis la peste bubónica de mediados del siglo VI, lo que vendría desmentir las tesis que ven en esta epidemia la causa del declive de la zona. Tsafir y Foerster señalan que el declive y el definitivo cambio en la fisonomía de la ciudad se iniciaría en el período posterior a la conquista árabe, —conquista que, por otro lado, no ha dejado huella arqueológica alguna—, y para ello aducen dos explicaciones: el hecho de que la ciudad perdiera su papel de centro administrativo que había ostentado en época bizantina, y el asentamiento de conquistadores «not familiar with western urbanism» (p. 112). Al lector corresponde la difícil tarea de juzgar cuál de las dos explicaciones es más pedestre. Personalmente, me inclino por la primera, de una simpleza pasmosa, aunque encuentro mucho más irritante la segunda: los autores, que habían sido muy cuidadosos en evitar la expresión «declive de la ciudad» para la época bizantina (p. 108), no parecen tener empacho alguno en hablar de un «deterioro» urbano en época omeya (p. 113) ignorando que los efectos de ese supuesto «deterioro» (con respecto a la «perfecta» ciudad romana) son el producto de un proceso que venía gestándose desde largo tiempo atrás y que encuentran su paralelo en muchas otras zonas que no se vieron afectadas por la llegada de conquistadores «desacostumbrados al urbanismo occidental».

La simplicidad (o incluso, cabe pensar, el sesgo ideológico) de las explicaciones que estos dos investigadores israelíes ofrecen para resolver un problema de tal calado como es el de la profunda transformación de los centros urbanos del Próximo Oriente, es un buen reflejo del actual estado de la cuestión en el trabajo arqueológico de la región. Muy encerrado en sí mismo, —no existen apenas referencias en los distintos artículos a procesos de transición en otras zonas del Mediterráneo que, sobre todo, para el caso de las ciudades hubiera dado interesantes elementos de comparación—, este trabajo se realiza con niveles muy desiguales de competencia técnica, de recursos y de difusión. La falta de orientaciones homogéneas en los innumerables equipos tal vez sea la principal causa de que cuestiones tan importantes como la relación campo-ciudad, la organización de los asentamientos rurales al final de la época bizantina y comienzos de la islámica o las causas del declive que se constata en toda la región queden prácticamente inéditas a lo largo de un volumen, cuyo gran valor, sin embargo, estriba en que constituye un inmejorable punto de partida para redefinir el actual estado de la cuestión.

Es triste comprobar, no obstante, que dicho valor se ve claramente disminuido por las serias deficiencias que presenta su edición. Así, no parece de recibo que los artículos sobre Transjordania estén ilustrados por mapas tomados de las venerables obras de Tchalenko, Abel o Hitti, que muy difícilmente pueden recoger los avances de la investigación arqueológica más reciente. Tampoco hubiera estado de más que los editores se hubieran preocupado por revisar las notas a pie de página, cuyas abundantes abreviaturas dejan al lector sumido en todo tipo de cábalas sobre su correspondencia real. Por último, un índice detallado hubiera ayudado a ese sufrido lector a descubrir más fácilmente algunos de los solapamientos ya mencionados y algunas de las más importantes lagunas también presentes en la obra.

EDUARDO MANZANO MORENO